

EL AVISADOR

**D**ECIDASE usted, señor.

*El otro dió un respingo:*

—¡Maldito hombre de la gorra! ¿Por qué me persigue?

—Es mi obligación.

*Tembló de rabia, de la poca rabia que le cabía, mientras el hombre de la gorra procuraba poner cara de respeto: Se le curvaban las mejillas o era un ojo que brillaba risueño o las comisuras de la boca que se crispaban. Su alegría estaba a punto de estallar en una carcajada, ya le temblaba el estómago y había de hacer un gran esfuerzo para evitarla. «Debes ser respetuosos», le habían dicho.*

—Perdóneme, señor; no puedo marcharme hasta que usted se decida.

*El hombre sacó fuerzas de alguna parte. ¡Qué difícil resulta hablar entonces! Cuando el cuerpo parece olvidado y la idea comprende toda la existencia, es decir, cuando el hombre es únicamente esa idea. Hizo un esfuerzo, para decir una estupidez:*

—¿A qué he de decidirme?

*Tenía la pistola en la mano derecha y tres o cuatro veces la había apoyado contra la sien.*

*El hombre de la gorra hizo un gesto con los brazos. No era un gesto respetuoso y procuró enmendarlo:*

—Usted sabe lo que se hace, señor.

—¡Naturalmente que lo sé! Sí, voy a suicidarme. ¿Le importa?



—Si señor. Quiero decir, no señor, no me importa pero me interesa. Quiero decir...

No le iba a decir por qué. Se calló. Estaba confundido y su proyecto de carcajada murió en el fondo del estómago.

Se miraban.

Al suicida le molestaba suicidarse delante de un extraño. Es violento tener espectadores, y más un solo espectador, sobre todo si éste está esperando, pendiente de uno, de todos los movimientos previos. No porque se piense que el suicidio pueda resultar mal y luego el otro vaya diciendo por ahí que no se ha sabido suicidar. Es otra cosa: Pudor. «Si hubiese querido suicidarme con público, lo hubiera hecho. Este hombre debería comprenderlo». Pero el hombre de la gorra era nuevo en el oficio. Debían haberle advertido: «Hay suicidas que prefieren suicidarse sin que nadie los vea. Usted se ocultará en un lugar próximo. Y procure no toser, para que no se dé cuenta de que está usted espíandole». Pero se les olvidó, por lo visto. Una buena funeraria no funciona así. En otros países este empleo se consigue mediante oposición. El Avisador de suicidios está perfectamente preparado entonces, sabe todo lo que hay que saber y obra en consecuencia para que ningún suicida se le escape. Pero este hombre de la gorra tampoco hubiese conseguido el empleo en una buena funeraria nunca. No tiene aptitudes. Además de ser demasiado jovial, juguetón, diría yo, puesto que no comprende la seriedad del suicida y lo recibe con risitas y muecas, es completamente inhábil. Figúrense que se pega al suicida y no quiere soltarlo hasta que haya consumado el suicidio. Piensa que esta es su obligación. De esta forma, pocos suicidios conseguirá. Su comportamiento en este caso lo demuestra:

El hombre de la gorra se pasea por un lugar donde los suicidios son frecuentes. De pronto descubre a un hombre que saca una pistola y se la pone en la sien. Inmediatamente corre hacia él, se coloca enfrente y lo mira con ansiedad. Naturalmente el suicida guarda con precipitación la pistola y se marcha cien metros más allá, detrás de un árbol. El de la gorra lo sigue y vuelve a ponerse enfrente. Nuevo salto del suicida y el de la gorra que repite. Esta persecución parece divertir mucho al Avisador. Nada más que por juego, se le ocurre una variante: Al cuarto salto del suicida, en lugar de presentársele abiertamente, camina con sigilo y se coloca a su espalda, sin que el suicida se aperciba. El suicida respira aliviado, pero cuando por fin se dispone a pegarse el pistoletazo, el otro, con la risa latiéndole en las palabras, le grita en el oído:



—Decídase usted, señor.

*El suicida dá un respingo y deja caer la mano.*

*¿Qué se puede esperar de un Avisador así? Su producción es casi nula y el empleado que espera en la funeraria junto al teléfono para recoger los avisos, se muere de aburrimiento.*

—¿Por qué no me deja usted en paz?—dice el suicida—. *Y ante el silencio del hombre de la gorra, prosigue: —¿Tanto le interesa ver como se suicida un hombre? Le advierto que no llevo nada de valor encima.*

*El hombre de la gorra se sonrojó:*

—No, no es eso.

—¿Entonces...? ¿No comprende que quiero estar solo, que si está usted delante, no puedo hacerlo?

*El suicida hablaba con voz suplicante. Estaba a punto de llorar.*

*Al Avisador le dió pena; pero no se decidía a marcharse. «¿Y si se me escapa?»», pensaba.*

—¿Y si se me escapa?—dijo.

—¡Pero hombre! ¿Cómo voy a escaparme?

—¿Me lo promete?

*El suicida estaba muy cansado.*

—Se lo prometo.

—Entonces, bien.

*El hombre de la gorra se alejó unos pasos y se quedó apoyado en un árbol.*

*El suicida dió la vuelta a otro árbol, para ocultarse del Avisador.*

*Apenas habían transcurrido quince segundos, cuando el Avisador echó a correr hacia donde se hallaba oculto el otro.*

—¡Ah! Creí que se había escapado. Como tardaba tanto en oír el tiro...

*El suicida dejó caer el brazo. Lo miró con odio y tiró la pistola al suelo rabiosamente.*

—¡No me suicido! ¿Entiende? ¡Ya no me suicido! ¡Se va a quedar usted con las ganas!—gritó.

*El hombre de la gorra miró con tristeza cómo se alejaba.*

—Maldita sea, ya se me han escapado cuatro esta semana—dijo.

